

LOS NIÑOS DEL TREN

de **Pedro VÍllora**

a Ana Rosa, un cuento de nuestra tierra

Casi nunca veíamos a los otros. No por las mañanas, cuando nosotros estábamos en el colegio de los nuestros, cada uno en su clase, con su grupo, escuchando al profesor de Historia, o al de Ciencias, o al de Inglés. A esas horas era improbable que los viésemos o, lo que era más temible, que ellos nos vieran. Las aulas del colegio eran terreno vedado; sólo unos pocos teníamos acceso, los que nos habíamos reunido por primera vez hacía mucho tiempo, lo menos cuatro o cinco años antes, y que deberíamos seguir así, juntos, algunos años más. También podían estar allí los que iban a cursos más adelantados, los mayores, y los que eran más pequeños que nosotros y tenían aún mucho que aprender. También estos, aunque de otra manera, eran de los nuestros, pero los otros estaban fuera.

A veces, aunque pocas, sí veíamos a alguno de los otros por las mañanas. Para eso era preciso que tocase la clase de Educación Física y que el profesor, si estaba de buenas y el tiempo no era malo, nos dejase salir al patio a jugar un partido. Entonces lo normal era que dos de los mejores jugadores de la clase, aunque en ocasiones podíamos ser cualquiera de los demás, echasen a suertes el derecho a escoger, y el que ganaba tenía el primer turno para elegir, de entre el resto de la clase, a los miembros de su equipo. Luego, cuando ya estaban repartidos los jugadores y el campo, nos desvestíamos y dejábamos las chaquetas y los pantalones de chándal detrás de las porterías, y nos quedábamos en camiseta y pantalón corto, como los

jugadores de verdad, aunque todos de distinto color porque en nuestro colegio no llevábamos uniforme. Si ocurría que el calor era excesivo, como solía suceder a partir de marzo o incluso en septiembre y también octubre, o si el partido era tan movido que a los veinte minutos estábamos ya todos colorados y respirando fuerte, siempre había alguno que se quitaba la camiseta, y al instante lo seguíamos los demás y nos quedábamos los de los dos equipos medio desnudos y con el cuerpo al aire; y entonces sí que parecíamos iguales y era difícil distinguir quién jugaba contra quién.

Así, corriendo tras el balón en la clase de Educación Física, podía suceder que al otro lado de la valla del patio viésemos pasar a uno de ellos. Y si esto ocurría bien sabíamos que ese no estaba donde debía estar, porque su sitio a esas horas, como el nuestro, era el colegio, el suyo, el que estaba en el otro barrio, más allá de las vías del tren.

Ver a uno de ellos rondando nuestro colegio por las mañanas significaba estar haciendo novillos, pellas. Eso en principio no era malo, porque también nosotros lo hacíamos de cuando en cuando, pero a ninguno nos daba por acercarnos a su colegio, sino que nos quedábamos alrededor del nuestro, en nuestra zona, donde estaban el parque grande y los kioscos de golosinas y frutos secos -uno cercano al templete de música, muy adecuado porque en el templete no había nunca nadie y podías tenderte a charlar, mirando revistas y comiendo altramuces y pipas de calabaza-. Si nos poníamos a vagabundear era imprevisible el camino que pudiésemos recorrer o el lugar que alcanzáramos, pero lo seguro era que siempre nos detendríamos antes de cruzar las vías y entrar en el terreno donde los otros mandaban.

Nuestros novillos, por tanto, se regían según un orden determinado y que no hacía falta explicitar. Pero ellos, en sus

correrías a deshora, eran más irresponsables, o acaso hacían gala de una curiosidad y de un deseo que se nos escapaban.

Ellos nos miraban, se agarraban a los barrotes de la valla y asomaban sus naricitas sucias y sus ojos huecos. Nunca eran los mismos, pero parecían todos iguales, calcados, como alimentados por idéntica comida y resentimiento. En esas ocasiones no decían nada, acaso por temor al profesor o, más bien, para mejor desempeñar su labor de espía. Observaban el movimiento de nuestros cuerpos y los lances del juego, y quizá tomaban buena cuenta de cómo éramos desnudos y en ejercicio, cuando no podíamos aparentar más fuerza y habilidad de la que teníamos.

En esas ocasiones, como reacción a los intrusos, nosotros no nos dejábamos contagiar por el silencio. Era cuando más gritábamos, cuando más nos animábamos o reprendíamos, y entonces el juego pasaba a ser un duelo de estrategias y rencores, y esquivábamos al enemigo con más destreza o lo acosábamos con acritud mayor. Festejábamos los aciertos estrepitosamente, chocando los cuerpos con el chasquido de pieles tirantes y músculos endurecidos, jadeando con gemidos animales, abrazándonos y repeliéndonos con latigazos enardecidos. También los fallos nos estimulaban, nos unían en alaridos de venganza, nos azuzaban para un ataque de más brío. La presencia del testigo aumentaba la calidad de nuestro juego e imponía un compromiso que el equipo no cometía la osadía de eludir.

Saber que un chaval del tren vigilaba nos hacía más fuertes, pero más cobardes a la vez, porque aunque no lo dijésemos sabíamos que una protección nos separaba de aquel a quien nunca habríamos querido encontrar a solas. Y así, todo nuestro valor acababa en su simple exhibición.

Si lo pienso, sé que había otras ocasiones en que podíamos ver, resguardados por la valla del colegio, a los chicos que vivían al cruzar las vías, donde dicen que el pueblo abandonaba su nombre. Podía ser en la hora del recreo, pero en ese momento la chiquillería rebosaba el patio, y con tanta animación, tanto movimiento y tanto ruido, apenas podíamos darnos cuenta de lo que pasase fuera de allí. A menos, claro -y me atrevería a decir que esto era lo verdaderamente importante-, que hubiese llegado la época de la vendimia, porque era entonces cuando esos muchachos aparecían casi por obligación.

A nosotros no nos afectaba, pues eran pocos, poquísimos, los que se incorporaban a clase a mediados de octubre, un mes después de empezar el curso, por haber ido a recoger las uvas. El que tenía que hacerlo era porque su padre poseía viñas, y en ese caso se trataba de una ayuda familiar pero no de un trabajo remunerado, que era una cosa distinta. Los nuestros no hacían nada de esto, ni se ocupaban de la aceituna, del ajo o de la almendra, y menos que nada de mondar la rosa del azafrán. Si acaso la matanza en casa de algún tío, que duraba poco y era una fiesta.

A los otros sí les tocaba, porque nuestros padres contrataban a los suyos -y a ellos mismos- para hacer estos trabajos. Y por lo que sé, en el barrio de más allá del tren el tiempo se medía por estaciones o, más preciso aún, por cosechas; y es que la gente que vivía allí era pobre, y en eso se notaba.

Así, en la vendimia los chicos se levantaban antes y, en lugar de acudir a la escuela que tenían para ellos, marchaban a los viñedos. Estos campos, aunque eran nuestros -de nuestros padres-, estaban de su lado de la tierra, más allá del tren y más allá incluso de su barrio, así que, entre eso y lo pronto de la hora -aún faltaba un buen rato para que las madres nos sacasen con reproches de la cama- no teníamos

por qué cruzárnoslos. Pero era más tarde, justo después de mediodía, cuando hacía más sol, que veíamos a los más mayores conduciendo los tractores y pasando por delante del colegio para ir a la Alcoholera, que, esa sí, estaba de nuestro lado. Y mientras los de quince y dieciséis años se hacían los gallitos al volante, otros, los más pequeños, que ni tenían edad de ir a vendimiar ni a la escuela, corrían detrás de los remolques y saltaban para agarrarse de las portezuelas abatibles. Allí se cogían y se izaban a pulso, mientras la hilera de vehículos seguía su cansino paso, y desde lo alto arrojaban a sus compañeros las primeras ganchas de granos apretados y que estallaban si caían al suelo. Y era mucha la uva que se perdía y quedaba aplastada por las grandes ruedas y los pies de los mocosos, y el olor dulzón de podredumbre rápida ya no se evaporaba en los quince o veinte días que duraba aquella procesión.

Entonces sí que veíamos a los del tren, y a lo mejor alguno envidiábamos unas posibilidades que no nos estaban destinadas, pero quien pensase así se lo callaba y no decía nada, porque tampoco había nada que decir cuando ni siquiera ahora los del tren nos dirigían la palabra -ni nosotros a ellos- y sin embargo gritaban y se escupían obscenidades los unos a los otros que celebraban con algarabía. Cómo sería el trueno que los acompañaba que casi nunca estábamos en el patio cuando pasaban, pero siempre los sentíamos llegar desde mucho antes porque su presencia se imponía sobre la voz del profesor de Historia, o el de Ciencias, o el de Inglés.

Así eran las ocasiones en que veíamos a los del tren en las mañanas de los días lectivos.

Cuando el contacto con ellos -contacto preferiblemente visual- se hacía auténtico e, incluso, habitual, era durante las tardes. Y daba igual que fuese en época de vacaciones o en el tiempo que tocaba

disfrutar al terminar cada jornada. En cualquier tarde del año, los muchachos del tren podían ser vistos -siempre en grupo, eso sí-. No estaban solos a esas horas; aparecían unidos, en manada, y surgían de cualquier parte. Nosotros estábamos quizá jugando en una calle a lo que fuese; a correr, simplemente, o a hacer el tonto. O igual nos encontraban en las eras, donde cuatro piedras y todas las carteras, los jerseys y las camisas, marcaban los límites para dos equipos improvisados. O lo mismo eran ellos los que estaban ya en las eras cuando nosotros llegábamos y nos tocaba fastidiarnos y marcharnos al ver ocupado el sitio que más nos apetecía.

Por las tardes sí que hablábamos con ellos. Mejor dicho, nosotros oíamos los gritos que nos dirigían. Si íbamos en grupo no pasaba nada, y se conformaban con proferir insultos y blasfemias en general, o como mucho se burlaban de alguno concreto que fuese más flojo, o más listo, o más gordo o más cabezón. No solían atreverse a más cuando nos reuníamos varios. Si estaban de malas igual se liaban a tirarnos piedras y nos tocaba correr, pero no era lo normal.

Malo era que nos hallasen en el río, porque ni podíamos huir ni defendernos. Al río íbamos desde marzo, y, los más templados, todavía lo hacían en octubre. Acudíamos cinco o seis, o diez o doce, dependía; y nada más llegar dejábamos la ropa de cualquier manera en la orilla y nos pasábamos varias horas nadando desnudos y luchando como queriéndonos ahogar los unos a los otros. Luego, cuando ya estábamos cansados y hacía más calor, nos íbamos a un claro entre las cañas, donde los más corridos contaban historias de chicas y todos jugábamos a ser hombres.

Malo era que llegasen entonces, porque estando en nuestras cosas no nos enterábamos de nada y ellos podían rebuscar en nuestra ropa y quedarse con las monedas, los trompos y las canicas. Y si los

veíamos tampoco había mucho que pudiésemos hacer, porque nada es tan difícil como pelear totalmente desnudos -y eso sin contar que, en realidad, les teníamos miedo-.

Esta era la verdad: los chicos del tren nos daban temor, pánico casi. Si alguna tarde, por tener que hacer un recado para casa o cualquier otra cosa, íbamos solos y aparecían, a mí y a todos los demás nos daba algo por dentro como un escalofrío que nos recorría y hacía temblar. En esos casos convenía volver atrás y desaparecer a todo correr. Y si ellos venían detrás más valía rezar lo que fuese, porque de cogernos no nos imaginábamos qué no serían capaces de hacer.

Se hablaba de trasquilones en el pelo y de incontables chichones, arañazos y escupiduras, y otras lesiones de gravedad, como algún brazo roto o una ceja partida de una pedrada o un puñetazo. También se decía que a alguno le habían cortado el vello entre las piernas, y que a otros les obligaron a comer no sé qué asquerosidad. Alguien contaba del uso de navajas y botellas rotas, y que hacía tiempo un chico desaparecido fue encontrado muerto en una zanja y nadie sabía cómo.

Es verdad que yo no conocía de fijo a nadie que hubiese sido atrapado por los del tren, pero la posibilidad estaba ahí, y con ella el miedo y una cierta desazón.

No había manera de no temerlos: eran siempre mayores que nosotros, y más fuertes, y más salvajes y maleados por la vida. Sabían más trucos y todos los engaños y trampas, y estaban acostumbrados a ser pegados desde pequeños y estaban hechos a pegar. Además el tren nos había dividido de una manera incontestable, y la parte buena era la nuestra.

A veces la curiosidad podía más que el miedo y nos acercábamos, siempre por nuestra zona, a la cuneta sobre la que corrían las vías. En primavera no hacía falta tomar muchas precauciones, porque un bosque de tupido trigo nos cubría. Avanzábamos agachados, y cubiertos por el cereal se llegaba hasta la misma frontera. El camino por donde iba el tren estaba elevado, con una cuesta a cada lado. Al nuestro estaba el trigal que nos protegía; al otro había un nuevo trigal, parecido pero distinto.

Hasta allí no había mayores problemas para ir, pero más allá no pasábamos. A la derecha teníamos la estación -era nuestra- y el pueblo; enfrente estaban la fábrica de harina y el barrio de los otros.

Arrastrándonos sobre las piedras blancas de la cuneta, sacábamos la cabeza para mirar sin ser vistos el territorio enemigo. Entonces éramos como espías de verdad, discretos. Pero nuestra observación no solía dar fruto interesante, y volvíamos al recaudo de las espigas verdes con una doble sensación de fracaso y alivio. Y así, reunidos al amparo del tren, aprovechábamos para reemprender los sueños de chicas y nuestro oficio de hombres.

Estos eran los días que vivimos entonces, a caballo entre el grupo del colegio y la emoción de los chicos del tren, cuando nos creíamos igualmente jóvenes por siempre. Hasta que aprendimos lo contrario.

Eso fue allí, junto a las vías, en una de aquellas tardes de observación, de espionaje fracasado, cuando ya nos habíamos retirado de nuevo y alguno empezaba a sonreír con labios brillantes y guiñados ojos. Pero esa vez el cuento no se disfrutó, porque uno, no recuerdo quién, que aún no había bajado, chistó y acudimos a su lado.

Tendidos boca abajo, apoyando el vientre en el suelo y alzando la barbilla, vimos al otro, a uno de los otros. Lo vimos solo, y no vimos a nadie más.

El otro estaba de su lado, entre su trigo, con un cesto en el suelo. Él se agachaba y se levantaba, arrancaba ababoles y los recogía, posiblemente para los conejos que criase en un corral. Tenía una azadilla en la mano y con ella escardaba seguro y a intervalos regulares.

Difícilmente se enteraría de cómo nosotros saltamos sobre las vías del tren, lo arrojamos al suelo, le quitamos su arma y nos pusimos encima de su cuerpo agarrándolo de los brazos, de las piernas y del cabello.

Habíamos entrado en terreno de los otros por primera vez, y era toda una victoria. El enemigo no se movía: la mejilla enterrada, el ojo abierto, la ropa desordenada. No hablaba, no gritaba, no pedía piedad ni auxilio.

Lo pusimos boca arriba y lo vimos bien: era uno de ellos, sin duda, aunque algo más joven; más pequeño, incluso, que nosotros; dos o tres años menos, tal vez cuatro, pero era de ellos. Y ahora lo teníamos nosotros, y era su turno de temernos, aunque no sabíamos qué hacer con él ni para qué lo queríamos.

El niño nos miraba desde el suelo, y algo debió de comprender antes que nosotros porque comenzó a llorar; pero eran unas lágrimas casi sin ruido y sin escándalo, y sí, en cambio, con un estertor continuo y un gemido ahogado y persistente, como un zumbido difícil de percibir.

Supimos entonces que teníamos que hacer algo, así que cogimos una cuerda del cesto y lo atamos, y subimos la cuneta cargando con él y lo dejamos sobre las vías para asustarlo más aún y

que dijese a los otros lo fuertes que éramos y que mejor cesasen de invadir nuestra zona y se estuviesen en la suya confinados, atendiendo al límite infranqueable de las vías del tren.

Allí depositamos al niño y lo insultamos e injuriamos para que no nos olvidase, y le dimos patadas y le escupimos, y a uno le entraron ganas y se meó sobre él, y nos reímos de su asco y de su miedo, y le pinchábamos y le rozábamos las ingles con la azadilla de arrancar hierba, y le hicimos escuchar todo lo que se nos ocurrió, y aún no habíamos terminado con él cuando un silbido nos avisó justo con tiempo de saltar al suelo y caer entre los trigos, y entonces pasó el tren y, sin esperarlo, nos vimos crecidos de repente.

PEDRO VÍLLORA: *Los niños del tren*

28004 Madrid
Tfno.: 532 34 03